

EL MUNDO PINTORESCO

PERIÓDICO SEMANAL.

LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, BIOGRAFÍAS, MUSICA, TEATROS, MODAS Y TOROS.

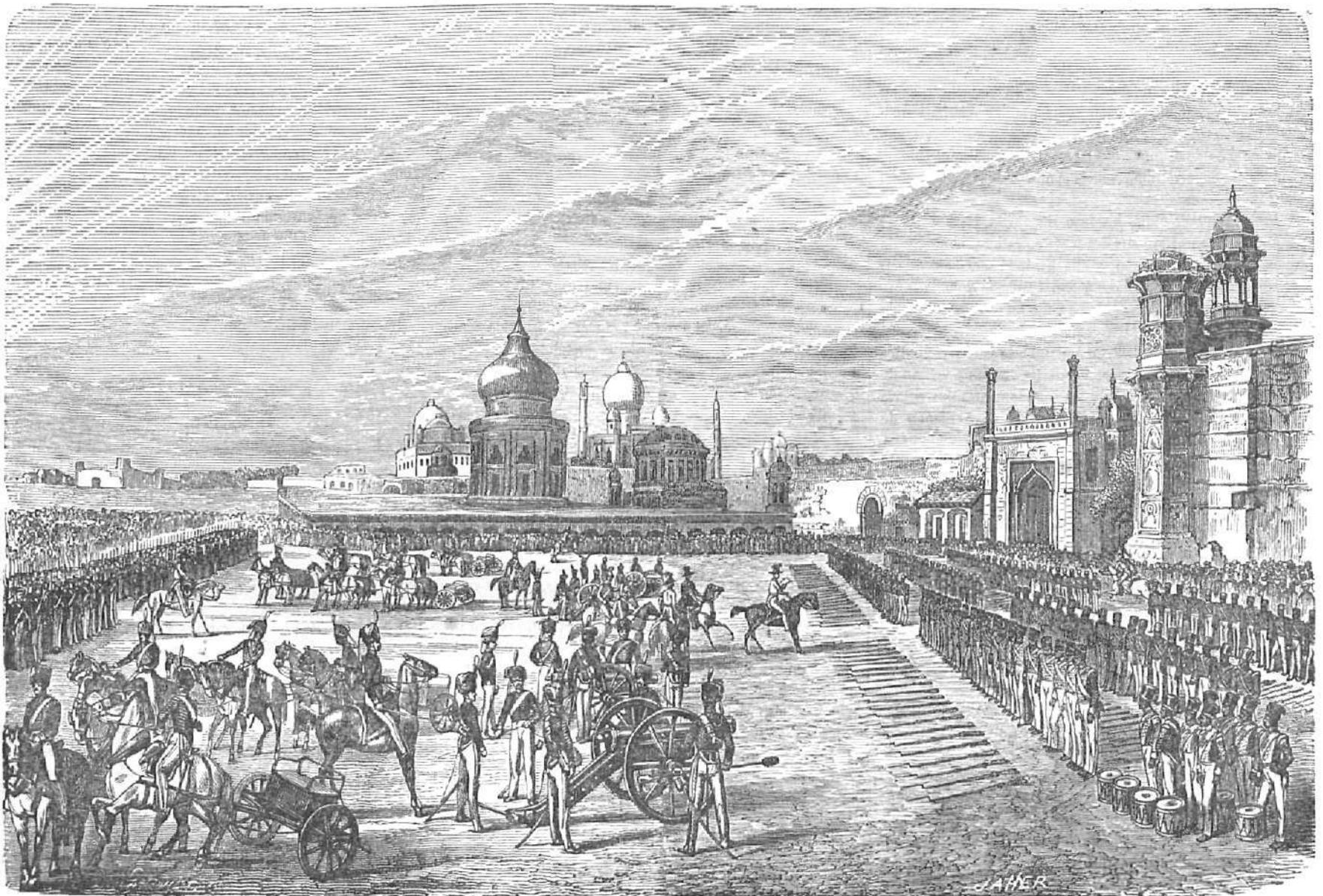
PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.....	Un mes.	8 rs.
	Tres meses.	20
EN PROVINCIAS.	Un mes (franco de porte).	10
	Tres meses.	24

N.º 3.

25 Abril 1858.

Este periódico sale todos los domingos.
Se suscribe en Madrid en el establecimiento Lito-tipográfico de D. Juan José Martínez, calle del Desengaño, núm. 10.—En provincias en las principales librerías; y enviando directamente á la administracion libranza de fácil cobro ó sellos del franqueo. Un número suelto, 3 rs. vn.



Insurreccion India.

Vista de Agra.

Desarme de los Cipayos.

LA POESÍA DEL HOGAR DOMÉSTICO.

¡Mil veces desgraciado
El que al fulgor de tu hermosura ciego,
En su alma inerte y corazón helado
No abriga un rayo de tu angusto fuego!
¿Qué es el mundo sin tí? ¡templo vacío,
Cielo sin claridad, cadáver frío!

(GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA:
Oda á la poesía)

I.

No es la poesía tan solo aquel rayo que ilumina la mente del que hace versos.

La poesía está en el mundo bajo diversas formas, y mora entre nosotros casi siempre, sin que nos apercibamos de su presencia.

El hombre, en su instinto egoísta, la acoge en su alma pocas veces, como no espere sacar de ella algún provecho: en su primera juventud, la pide versos para cantar á la mujer á quien ama: mas tarde la pide dramas que le den dinero.

Mas en esta segunda época, ya no es la poesía quien inspira su pluma; la poesía se esconde avergonzada; pero compasiva y generosa siempre, deja al autor dramático, el arte de hacer versos.

Desde el momento en que el hombre quiere vestir á la poesía, con el manto de la especulación, la poesía huye de él.

Porque la poesía debe ser espontánea: es el sentimiento: es la blanca y perfumada flor que brota en el corazón: cuando los rayos del dolor han agostado todas las demás flores del alma, la de la poesía despliega su corola mas hermosa que nunca: las lágrimas son su rocío: la resignación, el sol benéfico que la calienta con sus tibios resplandores.

La poesía es la compañera inseparable de toda mujer buena, y la que embellece el hogar doméstico. ¡Desgraciada la mujer que la desconoce, y desgraciado también el hombre, que desea para compañera suya, una mujer prosaica y naturalista! ¡si busca una alma helada, se encontrará con una alma dura! ¡si busca un corazón destituido de ilusiones, solo encontrará un seno vacío, ó los girones sangrientos de un corazón deshecho!

II.

La poesía es el sentimiento de lo bello: así, pues, toda mujer que cuida de embellecer la vida de su esposo ó hijos tiene una alma poética y tierna.

Una madre meciendo á su hijo sobre sus rodillas, junto á un balcón entoldado de flores, tiene á mis ojos una poesía tan bella como elocuente.

Una joven sentada junto á su anciano padre, leyendo con suave y dulce voz en las largas noches de invierno, para distraerle, ofrece un cuadro de una tierna é inimitable poesía.

No he conocido ser mas poético, que una joven hija de un anciano militar, que casó con un pobre empleado de pocos años, y de menos haberes.

Yo la conocí dos años despues de casada, y madre de un niño de cortos meses; vivia ademas con ellos su anciano padre, partiendo la modesta y casi pobre existencia de sus hijos.

El tedio se apoderaba de mi ánimo, cuando iba con mi madre á casa de alguna de sus fastuosas y opulentas amigas;

mi corazón, tan joven que aun no sabia darse cuenta de sus sensaciones, se dormía en el fondo de mi pecho.

Aquella monótona magnificencia, aquellos salones, en que el lujo se aglomeraba bajo cien diferentes aspectos, respirando en todos la vanidad: aquellas pesadas colgaduras de sedería, que velaban casi siempre al esplendor del día: aquellos divanes, en fin, destinados á enervar en una soñolienta moticie, al que los ocupase, me causaban un hastio, que no podía vencer.

¡Con qué afán deseaba, por el contrario, que mi madre me concediese permiso para ir en casa de mi joven amiga! Margarita me inspiraba un tierno cariño, una simpatía incomprendible en mi edad, pues no llegaba á doce años.

Ella tenía apenas veinte y dos: su carácter alegre, alejaba de aquella casa feliz á la tristeza, que no perdía ocasion de asomar á las puertas su torva faz.

Margarita no tenía para su servicio, mas que una muchacha de poca mas edad que yo, que desempeñaba una parte de los oficios de la casa: su señora, cuidaba de su padre, de su esposo y de su hijo: su esmero caprichoso se extendía tambien al balcon de su cuarto, que era un verdadero jardín, y á dos tórtolas, que presas en una jaula de cañas colocadas entre las macetas, arrullábanse tristemente.

Siempre que iba yo á ver á Margarita la encontraba en su casa: su pequeño gabinete, no tenía mas mueblage que algunas sillas de paja, una mesita de graciosa hechura, sobre la cual había siempre dos jarros de loza llenos de flores, y la cuna de su niño, velada por cortinas de muselina blancas.

Junto á aquella cuna, bordaba Margarita, todo el tiempo que la dejaban libre sus deberes domésticos: el sueldo de su esposo era muy corto, y ella hacia el sacrificio de sus horas de reposo entregándose á aquel trabajo, que la proporcionaba algun dinero con que contribuir al bienestar de su familia.

El que dice que el trabajo amengua la vida y perjudica á la salud, asienta un error. Margarita era un prodigio de belleza floreciente, de fresca y encantadora lozanía: cubria sus mejillas un sonrosado delicioso, y sus ojos brillaban de dicha y de contento.

La ocupacion continua es lo que conserva la tranquilidad en el espíritu de la muger: la buena distribución de su tiempo la proporciona la tranquilidad de la conciencia, y esa alegría dulce é igual, que emana de la seguridad del alma.

El ocio es su demonio enemigo; porque el ocio vicia su corazón, destruye su entendimiento, hiela su alma y embota todos sus buenos instintos.

III.

Margarita y su familia, vivían en un cuartito enfrente del que ocupaba yo con la mía: todas las mañanas, se levantaban á las siete, y cantando como un pájaro aseaba su pequeña sala y el gabinete de las flores, como yo le llamaba.

Luego vestía á su niño, que ya andaba solo, ayudaba al tocador de su anciano padre peinando sus blancos cabellos, arreglándole la torbata, y prestándole, en fin, todos aquellos cuidados que su edad exigía.

Velaba yo con un placer indefinible entrar, salir, y repartir sus cuidados entre aquellos tres seres que cifraban en ella toda su ventura: mirábala cambiar el agua de sus tórtolas, darlas alimento, y esperaba con impaciencia la hora de su tocador para asistir á él oculta entre los pliegues de las cortinas que guarnecían mi ventana.

Después de concluir todos sus quehaceres, se quitaba Margarita su gorrito blanco, y desenlazaba sus hermosos cabellos castaños, que peinaba con maravillosa agilidad, enlazándoles graciosa y maravillosamente detrás de su cabeza.

Un vestido blanco y liso, ceñido con un cinturon oculto, era todo su adorno en el verano: en el invierno, le reemplazaba con otro de lana oscuro.

Después de vestirla se sentaba á trabajar, mientras el abuelo jugaba y reía con el niño.

Cuando por la tarde volvía su esposo á casa, Margarita conocía sus pisadas: dejaba su labor, y tomando al niño en sus brazos, salía á recibirle.

¡Cuán dichoso debió sentirse aquel hombre al estrechar contra su seno á su angelica esposa y á su inocente hijo! ¡Muy grande debió ser su ventura, pues se grababa en todas sus facciones con caracteres harto visibles y profundos!

Mientras comían, no cesaba yo de oír la risa sonora y dulce de Margarita: sin embargo, el corto tiempo que per-

manecian en la mesa, acusaba la frugalidad de los manjares.

Muchas noches alcanzaba yo permiso de mi madre, para pasar la velada en casa de Margarita: esta acostaba á su hijo, y volvía á tomar su bordado, en tanto que mecia la cuna con su lindo y ligero pie.

A las diez, dejaba la aguja y tomaba un libro, en el cual leía con suave y reposada voz, hasta las doce.

¡Cuán atentos estábamos á la lectura, su padre, su esposo y yo! Sentado el anciano enfrente de ella, escuchaba con una especie de éstasis la voz de su hija, y el joven esposo, apoyando la megilla en su mano, parecia pendiente de los labios de Margarita.

Esta, elegía los libros que mas la agradaba en la biblioteca de mi padre: y la eleccion de ellos, atestiguaba mas que nada la lucidez modesta de su talento, de un talento que brillaba con la suave y grata belleza de la perla, sin deslumbrar como el diamante con sus hirientes y soberbias facetas.

Prefería siempre las obras producidas por las mugeres: las novelas de Mistris Bernet, de Mme. Stael, de Madame Cottin y de Mme. de Genlis, eran sus favoritas: un día que la llevé yo una novela de Jorge Sand, la tomó, me dió gracias con dulzura, y la puso sobre su mesa.

Yo la pregunté admirada, que por qué no la hojeaba segun su costumbre.

—La dejo aqui para que la lea mi esposo, me contestó: ese autor no me agrada.

—¿Por qué? observé yo con extrañeza.

—Porque ha elegido una senda impropia de su sexo, contestó Margarita. Jorge Sand, ha invadido el terreno del hombre.

—¿Pero no escribe bajo el pseudónimo de un hombre?

—Es verdad, repuso Margarita con dulzura: es verdad: pero, ¿dejará de ser su alma de muger? Mi querida María, Dios ha puesto una gran diferencia entre el alma, el corazón y los sentimientos del hombre, y los de la muger: la que abjura de la naturaleza, de los impulsos que le ha dado el mismo Dios: la que traeca aquella y estos, por los del otro sexo, no será amada como muger, ni respetada como hombre: nunca escitará la admiracion de nadie, pues todo lo que es injusto, es culpable; todo lo que es presuntuoso, dista mucho de ser grande: yo quiero los libros de esas mugeres que ponen ante los ojos dulces y evangélicas virtudes: los libros que enseñan á ser buena madre y buena esposa, y aborrezco esas páginas emponzoñadas en que se viste á las pasiones con un manto de flores, y á los crímenes con un manto de oro.

Muchas veces, al tomar la pluma para empezar un libro destinado al público, me he acordado de las palabras de Margarita, de aquellas palabras, que nadie hubiera esperado de unos labios tan puros é inespertos.

La ternura del alma, el instinto de la muger sensible, suple con ventaja al talento mismo.

IV.

Desde su edad mas tierna, debe irse inculcando en el alma de la muger, esa suave y dulce poesía, que luego debe servirla para embellecer su hogar.

Hágasela amar todo lo bueno, todo lo bello, todo lo tierno: hágasela elevar á Dios su corazón con sincero afecto. Dios es la fuente de la verdadera, de la sublime poesía: el germen de la belleza infinita.

Ya lo he dicho en el artículo á la Fé, que acabo de dar á luz (1): *el amor es la poesía de la religion.*

La Fé es su beneficio.

Madres, inculcad en el corazón de vuestras hijas amor á lo bello y fé en Dios, y serán buenas y felices, y harán dichosos á cuantos vivan á su lado.

Y no padecerán nunca ese *esplén fatal* en el hombre, y culpable en la muger, porque es siempre producido por la ociosidad, ó por la saciedad de los placeres.

Nada hay mas bello que la virtud: los seres á quienes el mundo llama con su culto lenguaje *despreocupados*; aquellos que no se espantan ante ningun medio de satisfacer sus pasiones, gozan y se estasian leyendo las sublimes *confidencias* de Lamartine, donde el amor materno se pinta con la mayor verdad, donde las virtudes del hogar doméstico están divinizadas por el inmortal poeta.

(1) Véase el Museo Universal, mín. 1, año II.

Haced, pues, ¡oh madres! haced que vuestras hijas amen la virtud: hacelas dulces el deber: hacelas comprender que la suerte de la familia está en manos de nuestro débil sexo, pues que el imperio y la influencia de la muger, no sale, no debe salir de las paredes de su hogar.

Persuadidas de que la más íntima satisfacción, el goce mas completo, están en la convicción de cumplir con sus deberes, y que nada hay mas poéticamente bello que la virtud.

La frente de la muger buena, lleva un sello que la imprime el mismo Dios, y que respetan los años, los pesares y las dolencias.

Si es bella, su belleza tiene un carácter particular, que no se encuentra en las demás mugeres.

Si no ha sido dotada de gracias por la naturaleza, posee al menos un encanto indefinible, que es, por decirlo así, el reflejo de su alma.

La muger buena embellece todo cuanto toca, pues á cuanto toca imprime ese sello de verdadera, dulce y grata poesía, que es la dicha del hogar.

Porque la poesía, como he dicho, no consiste solo en hacer versos; la poesía está siempre en toda alma tierna y bella, en todo corazón recto y sensible.

Todo lo bello, todo lo bueno, es poético.

Por eso repito: ¡desgraciada la muger que siente el alma exhausta de poesía! ella no conocerá ni el amor de esposa, ni el de madre, ni ninguna de las santas afecciones de la familia.

Dichosa, sí, ¡dichosa mil veces la que siente en sí mismo el raudal del sentimiento y de la poesía! en los mismos deberes hallará infinitas venturas y cruzará la senda de su vida con la risa en los labios, y la serenidad en la frente.

La muger que deplora su condicion de tal, ó abdica sus derechos por conquistar los de otro sexo, solo será una inútil carga para los suyos, mereciendo su justa execración: ¿es acaso una desgracia, el nacer para ser el ángel del hogar? ¿para embellecer la existencia de los que amamos?

¡Ah, no! la muger si tiene el alma elevada y poética, el corazón sensible, y el espíritu recto y escudado con una sincera y religiosa fé, embellece y hace feliz á cuanto la rodea, y por lo mismo, ¡es imposible que sea jamás desventurada!

MARÍA DEL PILAR SINOES DE MARCO.

EL NAUFRAGIO.

POR ENRIQUE HEINE.

¡Esperanza y amor! Todo está muerto, y como un cadáver que la mar ha desechado con desprecio, permanezco tendido sobre la ribera, sobre la ribera arenosa y desnuda.

—Delante de mí se agita orgulloso el gran desierto de las aguas; detrás de mí, no existe mas que destierro y dolor, y encima de mi cabeza vagan las nubes, informes y grises hijas del aire, que absorben el agua del mar, con nubes de niebla, la arrastran con gran trabajo y la dejan caer en el mar; trabajo triste, fastidioso é inútil, como mi propia vida.

Las ondas murmuran; las gaviotas graznan; antiguos recuerdos se agolpan á mi mente; olvidados sueños, imágenes borradas reaparecen, tristes y dulces.

Hay en el mar del Norte una muger bella; regimiento bella; blanco ropaje voluptuoso, rodea su delgado talle de ciprés; los negros bucles de sus cabellos, se escapan como una noche bienhechora de su cabeza, coronada de trenzas, rodeándose caprichosamente al rededor de su dulce y pálido rostro, y en su dulce y pálido rostro, noble y encantador, brilla su mirada, semejante á un sol negro.

¡Negro sol, cuántas veces no has derramado sobre mis llamas, devorantes de entusiasmo, y cuántas veces tambien no te vacilado bajo el éstasis de esa bebida! Pero entonces una sonrisa de dulzura infantil, revoloteaba al rededor de tus labios orgullosamente arqueados, y estos labios orgullosamente arqueados, exhalaban palabras graciosas como la claridad de la luna y suaves como el hálito de las rosas. Entonces mi alma se elevaba y se mecia con alegría en el cielo.

¡Callad, ondas y gaviotas! ¡Dicha y esperanza! ¡Esperanza y amor! Todo se ha concluido.

Permanezco en el suelo, náufrago miserable, y sumergo mi rostro calenturiento, en la húmeda arena de la playa.

JOSÉ M. CUENCA DE LUCHINI.

LOS COMPAÑEROS DE JEHÚ,

POR

ALEJANDRO DUMAS.

TRADUCIDA

POR D. SANTIAGO INFANTE DE PALACIOS

D. FERNANDO JOSÉ GARGOLLO.

(Continuacion.)

El obeso señor de la diligencia y su muger, habían manifestado como los demás viajeros que formaban parte del mismo convoy, el mas completo y marcado terror. Colocado á la izquierda de Juan Picot, cuando vió al bandido acercarse al negociante de vino, había, en la esperanza ilusoria de mantener una distancia prudente entre él y el compañero de Jehú, desviado su silla hasta la de su muger, que, cediendo al movimiento de presión, procuró desviar la suya á su vez. Pero como la silla que estaba inmediata, era la del ciudadano Alfredo de Barjols, por el cual no había motivo de temer, despues de haber manifestado la mas alta y ventajosa opinion, la silla de la muger del obeso señor, encontró un obstáculo en la inmovilidad de la del noble jóven; de suerte que de la misma manera que llegó á Marengo, ocho ó nueve meses mas tarde, cuando el general en jefe juzgó que era tiempo de volver á tomar la ofensiva, el movimiento retrógrado se paró.

En cuanto á este, el del ciudadano Alfredo de Barjols, de quien hablamos, su aspecto, como el del abate que había dado la explicacion biblica tocante al rey de Israel Jehú y la mision que había recibido de Eliseo, su aspecto decimos, fué el de un hombre que no solamente no experimenta ningun temor, sino que espera tambien el acontecimiento que sucede, por inesperado que sea. Tenia la sonrisa en los labios y siguió con la vista al hombre enmascarado, y si los convidados no hubiesen estado tan preocupados con los dos actores principales de la escena que se acababa de representar, hubiesen podido notar una seña casi imperceptible cambiada con los ojos entre el bandido y el noble jóven, seña que en el mismo instante, se reprodujo entre el noble jóven y el abate.

Por su parte, los dos viajeros que hemos introducido en el comedor de la mesa redonda, y que, como lo hemos dicho, estaban bastante aislados en un extremo de la mesa, conservaron la actitud propia de sus diferentes caracteres.

El mas jóven de los dos, llevó instintivamente la mano á un costado, como para buscar un arma que no tenia, y se levantó como movido por un resorte, para lanzarse al cuello del hombre enmascarado, lo que ciertamente no hubiera dejado de suceder si hubiese estado solo; pero el de mas edad, aquel que no solamente parecia tener el hábito, sino el derecho de darle órdenes, se contentó, como había hecho ya la primera vez, con detenerlo vivamente por su casaca diciéndole con un tono imperativo, casi duro:

—Sentaos, Roland.

Y el jóven se sentó.

Pero aquel de los convidados que permaneció, en apariencia al menos, impassible durante la escena que había tenido lugar, era un hombre como de treinta y tres á treinta y cuatro años, cabellos rubios, barba roja, tranquilo y bello rostro, con grandes ojos azules, de color claro, labios inteligentes y delgados, estatura elevada y acento extranjero que indicaba un hombre nacido en el seno de esa isla cuyo gobierno nos hacia en aquellos momentos una guerra tan ruda, era lo que se podia juzgar por las escasas palabras que se le habían escapado. Hablaba, á pesar del acento que hemos indicado, la lengua francesa con una extraordinaria pureza. A la primer palabra que pronunció, y en la cual demostró ese acento de ultra-Mancha, el de mas edad de los dos viajeros se estremeció; y volviéndose del lado de su compañero, acostumbrado á leer el pensamiento en una mirada, pareció preguntarle: cómo un inglés se encontraba en Francia en el momento en que la guerra encarnizada que se hacian las dos naciones, desterraba naturalmente los ingleses de la Francia, y los franceses de Inglaterra. Sin duda la explicacion pareció imposible á Roland, porque este le contestó con un movimiento de ojos y un gesto de espaldas que significaba: «Eso me parece extraordinario como á vos; pero sino dais la explicacion de semejante problema,

vos, el matemático por excelencia, no me lo preguntais á mí.»

Lo que resultó mas claro en todo esto para el ánimo de los dos jóvenes, fué que el hombre rubio, con el acento anglo-sajon, era el viajero cuyo cómodo carruaje esperaba enganchado á la puerta de la fonda, y que aquel viajero era de Londres ó por lo menos de alguno de los condados ó ducados de la Gran-Bretaña.

En cuanto á las palabras que había pronunciado, hemos dicho que fueron escasas, tan escasas que en realidad habían sido mas bien exclamaciones que palabras, únicamente, que á cada explicacion que había sido pedida y dada sobre el estado de Francia, el inglés había sacado manifiestamente un libro de memoria de su bolsillo y suplicando, ya al negociante de vino, ya al abate, ya al noble jóven, que repitiesen la explicacion, lo que cada uno hizo con una complacencia semejante á la cortesía que presidia á la pregunta, puso en nota lo que se había dicho de mas importante, de mas extraordinario y de mas pintoresco sobre la detencion de la diligencia, el estado de la Vendée y los *compañeros de Jehú*, dando las gracias con la voz y el gesto, con aquella rigidez particular á nuestros vecinos de mas allá del mar, volviendo á meter en el bolsillo de pecho de su levita el libro de memoria enriquecido con una nueva nota.

En fin, como un espectador muy alegre de un desenlace inesperado, exclamó con satisfaccion á la vista del hombre enmascarado, escuchó con todos los sentidos, miró y no lo perdió de vista, hasta que la puerta se cerró tras él, y entonces sacando prontamente el libro de memoria de su bolsillo:

—¡Oh! señor, dijo á su vecino, que no era otro que el abate, ¿seriais bastante bueno, si no lo recuerdo, para repetirme palabra por palabra lo que ha dicho el caballero que ha salido de aquí?

Se puso á escribir, y su memoria, ayudada por la del abate, tuvo la satisfaccion de transcribir íntegramente la frase del compañero de Jehú dirigida al ciudadano Juan Picot.

Despues de transcrita aquella frase, exclamó con acento que añadía un extraño sello á sus palabras:

—¡Oh! solamente en Francia, en verdad, suceden cosas semejantes; la Francia es el país mas curioso del mundo. Estoy encantado, señores, de viajar en Francia y de conocer á los franceses.

Y la última frase dicha con tanta cortesía, que no había mas que pedir, cuando se le oyó salir de aquella boca seria, añadió gracia á la que había pronunciado, aunque fuese descendiente de los vencedores de Crécy, de Poitiers, y de Azincourt.

El mas jóven de los dos viajeros fué el que contestó á esta cortesía con el tono de indiferencia y causticidad que parecia serle familiar.

—¡Bajo palabra! soy exactamente como vos, milord; digo milord, porque presumo que sois inglés.

—Si señor, respondió el caballero, tengo ese honor.

—Y bien, como os lo decía, continuó el jóven, estoy encantado de viajar en Francia y de ver lo que he visto aquí. Es preciso vivir bajo el gobierno de los ciudadanos Gahier, Moulins, Roger-Ducos, Sièyes y Barrás, para asistir á semejante chuscada, y cuando dentro de cincuenta años se cuente que en medio de una ciudad de treinta mil almas, en mitad del día, un ladrón de camino real ha venido con la careta en el rostro, dos pistolas y un sable á la cintura, á devolver á un honrado negociante que se desesperaba de haberlos perdido, los doscientos lises que le había tomado la víspera; cuando se añada que esta escena pasaba en una mesa redonda en donde se sentaban veinte ó veinte y cuatro personas, y que este bandido modelo, se refirió sin que uno solo de las veinte ó veinte y cuatro personas presentes le saltara al cuello; apuesto á que se le tratará de infame embustero al que tuviese la audacia de contar la anécdota.

Y el jóven, revolviéndose en su silla, rió á carcajadas, pero con una risa tan nerviosa y tan estridente, que todo el mundo le miró con asombro, mientras que, por su parte, su compañero tenia los ojos fijos en él con una inquietud casi paternal.

—Señor, dijo el ciudadano Alfredo de Barjols, que, así como los demás, parecia impresionado de aquella extraña modulacion mas triste, ó mas bien mas dolorosa que alegre, y de la cual, antes de responder, había dejado apagar hasta el último temblor; señor, permitidme hacer os observar que el hombre que acabais de ver no es por ningun estilo un ladrón de camino real.

—¡Bah! ¿y qué es pues?

—Es, segun toda probabilidad, un jóven de tan buena familia como la vuestra y la mía.

—El conde de Horn, cuya cabeza hizo rodar el regente en la plaza de Greve, era tambien un jóven de buena fami-

lia, y la prueba es, que toda la nobleza de París envió carruajes á su ejecucion.

—El conde de Horn había, si recuerdo bien, asesinado á un judío por robarle una letra de cambio que no podia pagar, y ninguno se atreverá á decirnos que un *compañero de Jehú* haya tocado un cabello de la cabeza de un niño.

—Y bien, sea, admitamos que la institucion está fundada bajo el punto de vista filantrópico, para restablecer la balanza entre las fortunas, enderezar los caprichos de la casualidad, reformar los abusos de la sociedad, para ser un ladrón de la especie de Harl Moor, vuestro amigo, Morgan, ¿no es Morgan como dijo que se llamaba ese honrado ciudadano?...

—Si, dijo el inglés.

—Y bien, vuestro amigo no deja de ser por eso un ladrón.

El ciudadano Alfredo de Barjols, se puso muy pálido.

—El ciudadano Morgan no es mi amigo, respondió el jóven aristócrata, y si lo fuera, me honraria con su amistad.

—Sin duda, respondió Roland riendo á carcajadas; como dijo M. Voltaire:

La amistad de un gran hombre es un beneficio de los dioses.

—¡Roland, Roland! le dijo en voz baja su compañero.

—¡Oh! general, respondió este, dejando de propósito tal vez escapar el título que tenia su compañero, dejadme, por favor, continuar con el señor una discusion que me interesa en el mas alto grado.

Aquel se encogió de hombros.

—Solamente, ciudadano, continuó el jóven con una extraña persistencia, tengo necesidad de edificarme: hace ya dos años que he dejado la Francia, y despues de mi salida, han cambiado tantas cosas, hábitos, costumbres, acento, que la lengua podria haber cambiado mucho tambien. ¿Cómo llamais, en la lengua que se habla hoy en Francia, detener las diligencias y tomar el dinero que encierran?

—Caballero, dijo el jóven noble con el tono de un hombre decidido á sostener la discusion hasta lo último, yo llamo á eso hacer la guerra; y hé ahí vuestro compañero, que habeis llamado general ahora mismo, que en su cualidad de militar os dirá, que aparte del placer de matar y ser muerto, los generales de todos tiempos no han hecho otra cosa que lo que hace el ciudadano Morgan.

—¡Cómo! exclamó el jóven, cuyos ojos lanzaron un relámpago, ¿os atreveis á comparar?...

—Dejad al señor desenvolver su teoría, Roland; dijo el viajero moreno, cuyos ojos, al contrario de los de su compañero que parecian haberse dilatado para arrojar sus llamas, se velaron bajo sus largas pestañas negras para no dejar ver lo que pasaba en su corazón.

—¡Ah! dijo el jóven con su acento duro, se vé bien que á vuestra vez empezais á tomar interés en la discusion.

Despues volviéndose hácia el que parecia haber tomado parte:

—Continuad, caballero, continuad, dijo; el general lo permite.

El jóven noble, enrojeció de una manera tan visible, como acababa de palidecer un momento antes, y los dientes apretados, los codos sobre la mesa, la barba sobre su puño para acercarse todo lo posible á su adversario, con un acento provincial que se pronunciaba á medida que la discusion se interesaba:

—Puesto que el general lo permite, replicó apoyando estas dos palabras; al general, tendrá el honor de decirle y á vos ciudadano tambien, que creo acordarme de haber leído en Plutarco, que en el momento en que Alejandro partió para la India, no llevaba consigo mas que diez y ocho ó veinte talentos de oro; valor de ciento ó ciento veinte mil francos. ¿Y creéis que fuera con esos diez y ocho ó veinte talentos de oro; con lo que alimentó su ejército, ganó la batalla de Granica, sometió el Asia Menor, conquistó á Tiro, Gaza, la Siria, el Egipto, edificó á Alejandría, penetró hasta en la Libia, se hizo declarar hijo de Júpiter por el oráculo de Ammon, penetró hasta la Hyphasse; y como sus soldados rehusasen seguirle mas lejos, volvió á Babilonia para sobrepujar allí en lujo, en escases y en molicie, á los mas suntuosos, á los mas relajados y mas voluptuosos reyes de Asia? ¿Fué de Macedonia de donde sacaba su dinero, y creéis que el rey Filipo, uno de los mas pobres reyes de la pobre Grecia, pagaba las letras que su hijo giraba contra él? No seguramente; Alejandro hacia como el ciudadano Morgan; solamente que en lugar de parar las diligencias en los caminos reales, saqueaba las ciudades, ponía á los reyes á rescate, y levantaba contribuciones en el país conquistado.

(Se continuará)



Vista del bosque de Boulogne en París.

UN LOCO MAS!

A MI BUEN AMIGO DON JOSÉ DE AMÉZAGA.

Dando tormento á mi magin y á caza de un asunto digno de mi caletre, andaba por las regiones de mi cuarto, cuando vi abrirse con extraordinario estruendo la puerta, y entrar por ella á un hombre de cuerpo chico y colosal nariz, en cuya punta ostentaba un lobanillo esférico que servía de base á unos anteojos verdes, que precedían á unos ojos colorados que no miraban derecho: el frac de tan extraño personaje, que mas bien era de manteca que de paño (no el personaje sino el frac) y que lo llevaba abrochado, si bien es cierto que apenas le llegaba al pecho, para poder lucir sin duda un chaleco de desconocida tela que invadía los mustos, en cambio los faldones le daban en los talones que iban dentro de unas botas que heredó de algun granadero, y que si eran en extremo anchas para su pie, en cambio eran mas largas que la Cuaresma: el sombrero, que lo tenia en la mano, y que podía servir de espejo segun el brillo de la manteca y el uso, mostraba mas confusiones que un veterano y estaba mas blando que corazon de enamorado.

—¿Cuánto temi no encontrar á V. en su casa! Me dijo sentándose en una silla coja y sin respaldo que le ofrecí, y que es la única que, despues de la que yo ocupaba y que está sin asiento, constituye el ajuar del cuarto de un servidor de ustedes.

—¿Tan necesario le soy á V.?

—¡Oh!... sí; porque V. vá á decidir del porvenir de mi vida.

—¿Cómo!

—Sí; de un triunfo en que cifro mi gloria. En una palabra; mi porvenir es una corona ó un puñal!!!!!!... (con seis admiraciones y diez puntos suspensivos.)

—Válgame el Señor!!!!!! exclamé asustado, duplicando las admiraciones y los puntos, creyendo que aquel hombre era un revolucionario que pretendía hacerme entrar en algun plan de conspiracion. Viene V. á comprometerme? Pues se ha engañado Vd.; y si su porvenir, como acaba de asegurarme, es una corona ó un puñal, buen provecho le hagan á V. la una y el otro, porque yo renuncié á ambas cosas.

—Ni yo trato de alterar en lo mas mínimo el orden público.

—¡Aaaaaah!...

—Mi corona ha de ser debida al talento; corona pobre; pero resplandeciente é inmarcesible. ¿Me comprende usted ahora?

—Confieso mi torpeza.

—Soy poeta!

—¡Poeta!... ¿V. poeta?... ¡Es V. poeta!... ¡Ah!... ¡con que Vd. es poeta!...

—Si señor; soy poeta.

—¿Y desde cuándo es V. poeta?

—Desde ayer: soy poeta... de repente.

—¡Poeta de repente!... ¿Con que V. tampoco se ha salvado de la epidemia de hacer versos? ¿Y ha estudiado Vd.?

—No señor; porque juzgo que en estos tiempos de *ilustracion* el estudio debe considerarse como una traba que se opone al talento.

—Tiene V. razon. ¿Y en gramática qué tal está V.?

—¿En gramática?... he oído hablar de ella; pero en cambio he leído el Judío Errante, el Pie de Frasquita, el Hijo del Carnaval, la Locura Española, Lucinda, Mi Vecino Raimundo, el Fraile, los Misterios de la Inquisicion, y otra porcion de novelas de los autores de conciencia mas ancha.

—Escelentes modelos ha tenido V. sobre todo, para romper las trabas de la conciencia; y esto ya es algo.

—Yo lo creo que es algo; y como dice don Saturio en *«Un tercero en Discordia»*:

En la corte hay escritores
que no saben otro tanto.

Sin embargo, como respeto tanto el voto de V., me he tomado la libertad de venir á leerle un drama, para que V. me diga...

—¡Animas benditas!... dije temblando como el reo á quien van á leer su sentencia de muerte.

—Por fortuna es corto: no tiene mas que dos mil cuatrocientos pliegos.

—¡Dos mil cuatrocientos pliegos!...

—Y trescientos sesenta y cinco actos.

—¡Trescientos sesenta y cinco actos!...

—Si señor; tantos actos cuantos dias tiene el año.

—Disimúleme V. que me prive del placer de oírle; pero tengo que salir y...

—Deje V. su ocupacion para otro día; porque no siempre se presentan dramas de estas dimensiones.

—¡Oh!... sí, ¡de catorce leguas!...

—Empiezo.

—¿Con que se empeña V. en?...

—Sí; me empeño; y no le dejaré á V. salir hasta que no haya tenido el gusto de escuchar algunas escenas.

—¡Ah!... exclamé lanzando un prolongado suspiro; ya que no hay remedio, oírle; empiezo V. y concluya pronto por Dios.

—Este es su título.

Numa convertido en sal y amores del escorial. Gran tragedia universal, ó drama sentimental, joco-serio funeral, romántico-liberal, fantástico-sepulcral, literal, antisocial, monumental, original, internacional, descomunal, oriental, anti-constitucional, ilegal, fatal y sin igual, que abraza un período general desde el pecado original hasta nuestro siglo actual, y en el que habla don Pascual subido sobre un peral con un ser irracional; compuesto por don Fulano de

Tal; dividido por igual, en trescientos sesenta y cinco actos de á real, y tres mil quinientos cuadros: ¿qué tal?

—Sin igual, infernal y garrafal; le contesté al animal. Pero como el resto pasó en mala prosa y peor verso, me veo precisado, en obsequio de la exactitud, á contarle de la misma manera.

EL.—Alzando el telon, se vé tomando á Numa café sentado sobre la cama.

Yo.—¡Vaya un principio de drama!

EL.—Y en otro lado su esposa, despegándose florosa, recostada en una silla, un parche de la rodilla.

Dice Numa en voz deliente, «no está este café caliente?» y su esposa le contesta, «pues mi dinero me cuesta.»

Luego por el foro van mil viudas llenas de afán, mil huérfanas desgraciadas, mil tullidos, mil casadas, mil orquestas, mil navios, mil ladrones, mil judíos, mil moros y mil cristianos y doscientos mil enano.

Yo.—Mas por Dios Omnipotente, ¿dónde encontrar tanta gente?

EL.—Esa, en caso extraordinario, la buscará el empresario.

Mas sigamos adelante: detrás irán al instante, mil sastres, mil saca-callos, mil carrozas, mil caballos, mil mendigos, mil cesantes, mil sastres y mil cantantes, y toda la alta nobleza, y la plebe y la grandeza.

—Vaya un acompañamiento numeroso, y sobre todo heterogéneo.

—¡Ah! Yo soy muy aficionado á las *heterogeneidades*, ó sean contrastes; y por lo tanto he mezclado los hombres con los caballos, porque esto hará efecto: ¿no le parece á V. así?

—¿Quién lo duda? Pero ¿en qué teatro se podrá representar ese drama donde hay mil navios?...

—Eso se puede disponer que sea en medio del mar, cubriendo la parte del foro que represente la tierra, con una balsa de cinco mil leguas cuadradas. Esta será una decoracion que entusiasmará, que arrebatará, que asombrará y que enagenará.

—Así será; pero siga V. para que terminemos lo mas pronto posible.

—Continúo:

Quando todos han entrado, bajó un demonio al tablado, y en una nube la muerte, que hablará de aquesta suerte: Hijos de Eva y de un Adán, donde las toman las dan: perezca la raza humana tan inconsecuente y vana.

Y al concluir estas palabras, descargará sobre Numa un golpe mortal, siguiendo despues con cuantos estén en el teatro, hasta que nadie quede con vida. Entonces el apuntador saldrá de la concha con los ojos desencajados, y cogiendo una vela, se matará con ella, cayendo sobre el cadáver de Numa, y gritando: ¡Maldicion!... maldicion!... maldicion!...

—¡Lástima que no se matara tambien el autor!... dije para mí.

EL.—Y aquí cayendo el telon dará el acto conclusiop.

¿Qué le ha parecido á V.?... ¿No es verdad que este final es de mucho efecto?...

—Ciertamente; es espantoso, terroroso, bochornoso y escandaloso.

—Pues oiga V. el segundo acto.

—Imposible: tengo que hacer una visita, y no puedo complacer á V., le respondí levantándome.

—Pues le acompañaré, para que despues sigamos leyendo y no se me escape V.

—¡Pero hombre de Dios!...

—No hay remedio: yo no abandono á V. y le seguiré hasta el fin del mundo, porque falta lo mejor.

Y diciendo esto, se salió conmigo asido de mi brazo, temiendo que me escapara, y hablándome del sorprendente argumento de su infernal drama.

Así caminamos hácia la casa á que me dirigia; yo huyendo del autor como se huye de la epidemia, y él por mis desdichas negras ó coloradas (que el color no hace al caso), agarrado á mi brazo con la fuerza con que la desgracia se agarra al pobre.

No bien anduvimos algunos pasos, volvió á sacar su voluminosa produccion, diciéndome:

Podemos ir leyendo en el camino, y de esta manera irá V. mucho mas entretenido.

—No lo crea V.

—Los trescientos sesenta y cuatro actos que siguen, tienen la ventaja y la originalidad de estar escritos en variedad de prosas y en infinitud de metros.

—¿Con que V. ha inventado la variedad de prosas? ¡Ya se vé! en un tiempo en que se escriben tantos versos en vil prosa, no es extraño que se escriba mala prosa en variedad de idiomas.

—Yo en todo quiero ser original. Pero escuche V., añadió abriendo la resna de papel: el acto segundo es joco-serio, y creo que le agrada á V. mas que el primero; sobre todo por lo largo, pues él solo ocupa doscientos pliegos.

—Pero hombre, ese drama será un drama que durará un mes.

—¿Qué un mes! mucho mas. La representacion de los Mosqueteros de Dumas, duraba ocho dias; y yo quiero que la representacion de mi obra dure ocho veces ochenta; y pienso escribir otra, en la que los que vean el principio del drama, aunque sean niños, ya al ver el desenlace hayan pasado de noventa años.

—¡Magnífico!

—Pero no desperdiciemos los momentos; volvió á decir fijando los ojos en su drama colosal: empiezo mi lectura:

Acto segundo: el teatro el infierno representa.

Yo.—(Aparte.) Allí estar debieras tú con toda tu parentela.

EL.—Antes os dije que este acto es joco-serio y que alegra, pues solo mueren diez mil en esta primer escena.

Yo.—¡Diez mil!... Debe ser jocosos, y hará reír á las piedras; mas morirán tres millones, si así van, en la tragedia.

EL.—Algo mas; en el Diluvio, que es una terrible escena, llega á tuorir todo el mundo.

Yo.—¿Entonces quién representa?...

EL.—Noé, su familia, el arca, y las infinitas bestias que de las iras celestes se salvaron en la tierra.

—¡Sorprendente espectáculo!...

—Esta vista del infierno ha de agrada muchísimo, sobre todo á los usureros y agiotistas que andan buscando los medios de ir á él. Pero el papel mas interesante, el de mas efecto, el que no podrá menos que arrebatar al público, será el de un enorme gigante, que viendo á su amo perseguido por el padre de una jóven á quien ama y con la cual huye, abre la boca para que el raptor y la novia se oculten en su estómago, hasta que libres del perseguidor vuelven á salir á la escena.

—Pensamiento gigantesco!...

—Pero escuche V. esta escena.

Caron pasará en su barca al célebre Juan de Mena, que viene de Palestina metido dentro una cesta.

Once mil fragatas surcan la laguna Estigia fiera divididas en dos bandos, y la batalla se empieza.

Numa se arranca el cabello,

Licurgo el trisagio reza;

Caron rie á carcajadas,

y los navios se incendian.

Yo.—Pero hombre, eso es espantoso.

EL.—Escuchad, el cielo truena;

el infierno se estremece,

y Proserpina se afeita.

Yo.—¡Compasión!...

EL.— Bailan la polka

Robespier y Ana Bolena,

mientras Cicero y Ovidio sus pantalones remiendan.

Yo.—¡Esto mas!...

EL.— Arden los mares;

llueve sobre el mundo brea;

sale Adán en calzoncillos...

Yo.— Me asesinais....

EL.— Gran orquesta.

—¡Basta!... ¡basta!... no siga V. si es que no desea V. la muerte de su prójimo.

—Me alegro que le haya conmovido á V. hasta ese estremo.

—¿Y quién no se estremece con la lectura de ese drama patibulario, incendiario y temerario de catorce leguas de largop!...

—¡Oh!... por eso me gusta la escuela moderna; porque en ella se pintan con los mas fuertes colores, las grandes sensaciones del corazon humano, y se ponen en accion todos los crímenes del hombre. Sin embargo, pienso, para dar mas fuerza al drama, poner al fin de cada estrofa, tres veces estas palabras: ¡Maldicion!... ¡maldicion!... ¡maldicion!... con bastantes puntos suspensivos, porque esto es muy del siglo ilustrado.

Abrumado con el peso de aquella lectura y casi con las lágrimas en los ojos, me iba acercando á la casa á que me dirigia, perseguido siempre por mi tenaz verdugo, cuando me encontré con un amigo. Al verle, respiré, y me detuve á hablarle creyendo que así se despediría mi autor; pero me equivoqué. El dramaturgo, metiéndose entre los dos, siguió leyendo sin permitirme hablar. Al ver su tenacidad, no pude menos que decirle con algun enojo:

—¿No ve V. que voy á hablar con este caballero?

—Otra dia podrán ustedes hacerlo: además, yo creo que á este señor, mas le agrada oír algo de este sangriento drama, sobre todo ahora que estamos en la parte joco-seria.

Y sin dejar á que mi amigo volviera de su asombro, nos leyó dos escenas en que habia diablos encadenados, ahorcados, ladrones, inquisidores y mugeres afeitándose. Viendo que me era imposible libertarme de él, me despedí de mi amigo; y entré á un café que estaba allí cerca; pero el dramaturgo me sigue, y al fin, sin tomar nada, me salgo:

entonces alargo el paso; pero ni aun esto me vale, porque él también lo alarga sin dejar su lectura: aburrido y ciego como iba, no vi una cáscara de melón; resbalo en ella, y caigo al suelo; y aquel hombre imperturbable se agacha y sigue leyendo sin hacer caso de mis quejas. Furioso con la caída, y fuera de mí, le dije:

—Si no me deja V. le desafío á la pistola.
—Admito el desafío; pero antes es preciso que acabe de leer el drama.

¿Qué me quedaba que hacer con un hombre que así contesta? Nada: echar á correr, como lo hice, aunque siempre seguido por mi asesino que no cesaba de leer. Por fin llegué á la casa adonde tenía que hacer la visita; y viendo que el autor subía también la escalera leyendo siempre, le dije temblando, que se fuera y que dejásemos el drama para otro día.

—No: yo quiero que demos conclusion á este acto; me contestó agarrándome de uno de los faldones de mi frac, para no dejarme huir, y siguió de esta manera;

Del fondo del mar, Neptuno,
sale con diez mil ballenas;
se alza un huracán terrible;
chocan el sol y la tierra;
se hundien cinco mil navios;
otros cinco mil se quemán;
se suicida el almirante;
ruje el mar; el cielo truena...

Al llegar á este pasaje, estaba poseído de tal entusiasmo, que por atender á la retórica, solté mi faldón: al verme libre de su férrea mano, abrí la puerta de la casa sin que él lo advirtiera, y entrando de repente, le dejé fuera, siguiendo él la lectura de su drama en alta voz para que yo le oyese desde adentro.

—¿Quién grita allí fuera? me preguntó la señora de la casa.

—Un loco que sin haber estudiado quiere ser poeta dramático.

—Yo conozco muchos de esos. ¿Y qué tal es el drama?

—Es un drama de dos mil cuatrocientos pliegos; trescientos sesenta y cinco actos, y tres mil quinientos cuadros.

—¡Jesús!... ¡qué atrocidad!... Es decir que ese poeta-tro es...

—Un loco mas, cuyas impertinencias y terquedad no han sido del todo estériles, puesto que sin mas que trasladarlas al papel me han producido el artículo que tenía obligación de entregar en la imprenta para el presente número.

Madrid 19 de abril de 1858.

NICETO DE ZAMACOS.

REVISTA DE TEATROS.

La crítica justa, imparcial y razonada ha desaparecido. A imitación del célebre Larra, no ha faltado quien haya pretendido elevar su vuelo hasta él; pero dotados de mucha menos inteligencia, talento y libertad para ello, han probado hasta la evidencia su imposibilidad, convirtiéndose en críticos parciales, sujetos á la voluntad de quien critica; de los vínculos de amistad que los une á la persona que quieren ensalzar ó vituperar, ó comprados, en fin, para elogiar lo que no lo merece y hacer aparecer malo, lo que debían elogiar.

Para ser un buen crítico; no basta decir que una obra es mala; es preciso probarlo; y para hacerlo se necesita tener talento.

Como no sucede así, desgraciadamente, pues hay quien lo hace sin saber lo que critica é incapaz de hacer otro tanto, por eso repito, que la crítica justa, imparcial y razonada ha desaparecido.

No contándome yo en el número de esos críticos, pues no merezco ese nombre, ni ambiciono reputacion no merecida, haré simple y sencillamente mi revista de teatros desde estos últimos quince dias, advirtiendo, que sin pretensiones de ningun género, hallareis justicia é imparcialidad en ella.

«Circo.»

¡Escaso está de nuevas producciones este teatro! Me estraña, pues aunque siempre agrada ver en escena El Súllivan; La Ley de Raza, Las Indias en la Corte, El Desden con el Desden y otras, debían sus directores escoger de ese cúmulo de producciones, no representadas, algunas de ellas y hacérselas conocer.

¿Acaso merecen que se sepulren por malas, en el olvido? Siendo así, nada mas justo; pero advierto que desgraciadamente no eligen, desde hace tiempo, de ese cúmulo de producciones, nada bueno ni nuevo.

¿Qué éxito han tenido los Tres Amores y las Biografías? El de la primera, me lo callo; y el de la traducción del francés del Sr. D. Enrique Cisneros, solo diré que fué mediano; que las costumbres y caracteres trazados en ella, se adaptan á la escena francesa y lo rechazan la española; que se verá pocas veces en escena; y que su ejecucion fué bastante mediana.

Ahora veremos la suerte que les está reservada al Rey del Mundo y al Judas de la Casa; otras dos nuevas producciones entresacadas tambien, de ese cúmulo de que abunda el teatro del Circo.

«Jovellanos.»

El Planeta Venus: El Relámpago: Catalina: Jugar con Fuego, y Armas de Buena Ley, han hecho el gasto en estos últimos dias.

Me reservo el derecho de hablar de dicho coliseo y de sus actores, para hacerlo detenidamente, y como es debido

en la nueva produccion del Sr. Olona, que tanto el público como yo, ignoramos su título y la causa habida para no darlo á luz hasta nueva orden.

«Novedades.»

Mucho se ha hablado y se habla aun del drama bíblico, estrenado en este teatro hace quince dias y ejecutado sin interrupcion, de la señora Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, titulado Baltasar.

Ha sido puesto en escena con un lujo estremado y con suma propiedad en los trages.

No creo muy justos los elogios tributados al señor don Antonio Bravo, pintor de las decoraciones del referido drama, pues, «hay de todo en la viña del Señor.»

El drama está bien versificado; abunda en ideas é imágenes, pero no desearíamos ver esas tragedias en escena... por no haber ya quien las represente.

«Francés.»

Mal ha inaugurado á mi ver, su segunda temporada este teatro.

No quiero detenerme en enumerar ni hacer el análisis de las piezas ejecutadas, pues son ya muy conocidos y porque os prometo hacerlo en el *Debut de Mlle. Scriwaneck*, célebre actriz nuevamente escriturada, á quien conozco en alto grado en el terreno artístico.

«Príncipe.»

Muy buenos deseos abrigará su empresario, pero el público no quiere recompensarlos.

En union de la señora Palma de Romea, la compañía de dicho coliseo ha puesto en escena las producciones siguientes:

Pruebas de amor conyugal: Un Cuarto de hora: El que no eae resbala: Un año en quince minutos: Me voy de Madrid, y el baile en dos actos, nuevo hace tiempo, El Lago de las Hadas, ejecutado por la señora Guy y el señor Merante.

Aunque poco, muy poco concurrido este coliseo, hemos asistido á sus representaciones, y aplaudimos en la ejecucion de sus piezas y del baile, á las Señoras Palma, Bagá, Guy y Osorio y á los señores Cortés, Aguirre, Merante y Herrerros.

«Cruz.»

No es poca la que tiene encima su empresario. Anda por esos mundos de Dios, fijado ya su programa, para tratar de abrir sus puertas al público.

¿Qué pesadas son!
¿En qué consiste?
No ignorándolo, tambien os pondrá al corriente de ello en su próxima revista,

SANTIAGO INFANTE DE PALACIOS.

Madrid 22 de abril de 1858.

TOROS.

TERCERA MEDIA CORRIDA DE LA PRIMERA TEMPORADA.

Madrid 19 de abril de 1858.

INTRODUCCION.

Br que sus penas alojé
Entre cantares y vino,
Esmulaba su destino
Sin necesidad de sogá.

(SENTENCIA DE S. I. DE P.)

—Er que jando en los fosos para er dia
Abiye sin jachare y sin jonjana,
Arse á dicá con mangui esta corria;
Qner tajelo, un Divé, dará mañana.
A la puerta der Sô dir, cabayero,
Que en la olichá me planto en un segutido;
Y con gusto, mas bien que con inero,
Mandaré en mi presona toó er mundo.
—Viva la gracia.

—Bien.

—Basta de flore,

Y larguen la verdá toitos en coro:
¿Onde conmigo va tanto señore?
—A los toros mos vamos.

—A los toro.

—Apando la rechumí, y si argüen hay
Que iga una palabra, bronca armando,
Me lo jecho de un soplo junto á Cay,
A que jaga Armanaque en San Fernando.
Con vosotros estoy, el parlo dico,
Y las cuatro sonó; con que parao
Tan solo puede estar er que es un rico,
Que naja con seis mulas enganchao.
Vamos á pié, los clisos pincharando
De las jembras que ar mundo dan peniya,
Pos con su gracia y sa, van demostrando
Que es España la octava maravija.
—A los toros.

—¿Quién vá?

—Que mos largamos.

—Aquer que harbi albiye su borsioyo:
Y sepa mayorá, que en tiempo estamos
Que esparraba er parné, solo un chiquiyo.
¿Qué jembras, cuánto coche, qué ruio
En la caye Alcalá hoy se pinchará!
Demostrando en su fila ese gentío,
Er huyicio, er placer y la algazara.
¡Jasucristo qué jembra! es una estreya
Que ar mundo descendió der firmamento:
Dejármela pasá, vaya con oya
El aire, fuego y mar, y jasta er viento.
Por último, llegamos á la fuente
Que Cibeles le llaman por jonjana;
Demos dos pasos mas, que ya se siente
De la plaza de toros la jarana.
¿Quiérustá darme er brazo, mosa neta?
—¿De verita?

—¡Pos toma!...

—¿Qué salerá!

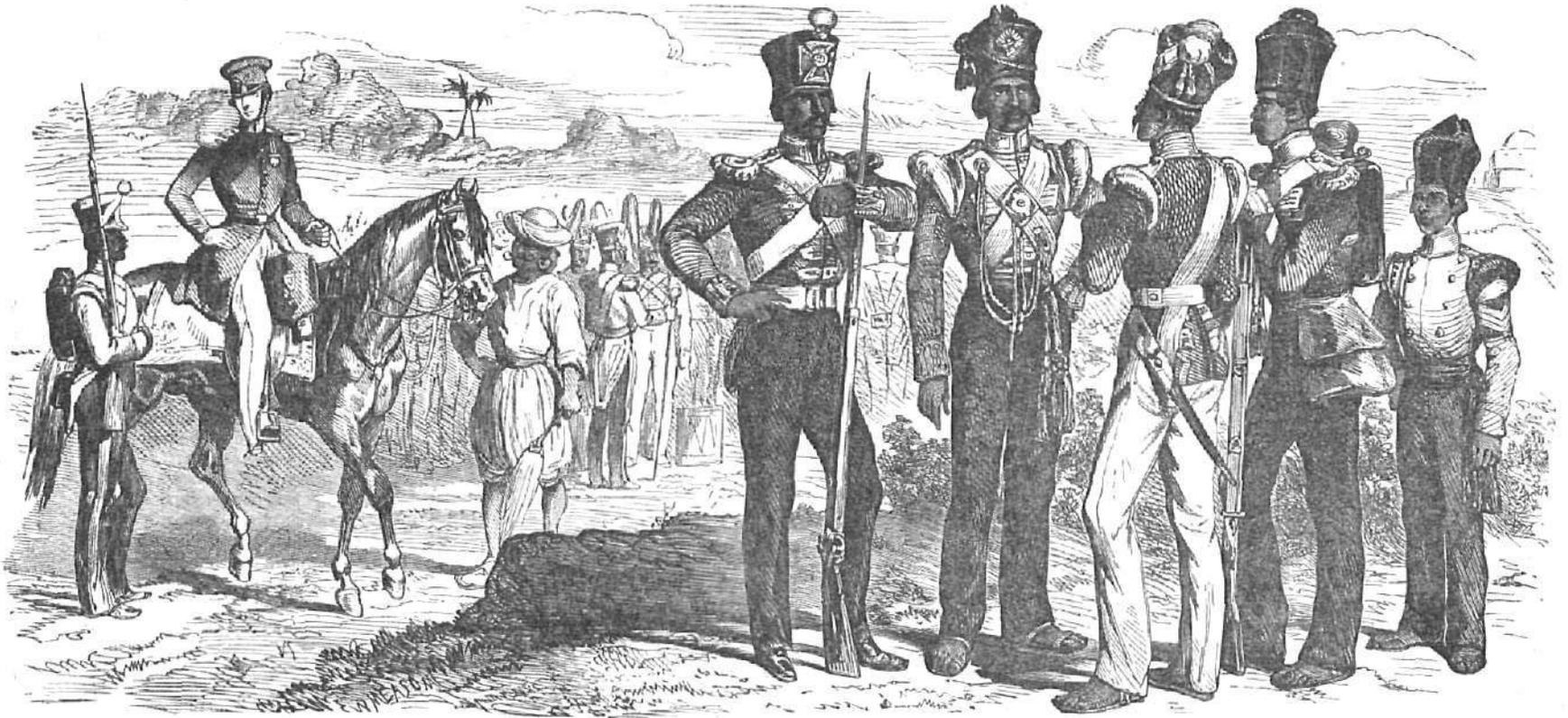
Deje franco er camino, y no se meta
Con jembras de mi rumbo, sin inero.
—Tome er tole con Dios, rosa bonita,
Y sepa anque le pese, quel honrar
Der bendito metá no necesita,
Pos cuanto quiere y vé, tó está pagao.
Estamos á la puerta der tendio;
Entriegue cada cuar su pasaporte;
Y aluego, diquelemos sin ruio,
La tercera corria de la Côte.
Fuera del redondé; que sarga er vicho
Y ar punto descomienso mi libano;
Atencion mas que nunca, porque espicho
Ar que no salga bien, con pluma en mano.

Der señó don Justo Hernandez

Era er vichito primero:
Receloso, mu boyante,
Retinto y corni-veleto;
Pero jué de buen trapio,
Por no parecerse ar dueño.
Cinco varas puso Pinto,
Tremblando er probe de mieo,
Mas en cambio, Calderon,
Le endiña tres con salero;
Y entre dimes y dirétes
Se murieron dos jamergos.
Lillo estuvo desgraciao,
Pos le endiñó par y medio;
Sin embargo que en la lidia
Tiene un gran conocimiento;
Y pa remata de cuenta
Solo un par le encaja Belo.
Cúchares, como ninguno,
Le dá tres pases ligero
Al naturá, y lo mata
Dun volapié mu soberbio.

Ya en la plaza, de Sarceo
El segundo se presenta;
Buen mozo y de muchos pié
Que no los tiene cuarquiara.
Retinto-oscuro, bien puesto,
Mas no por eso se crea,
Que no arrancaba de lejos
Y que llegaba sin fuerza.
Fué tambien de buen trapio,
Y ar que salió á la palestra,
Me procuró desarmarlo,
Y lo consiguió la fierá
Con Castañitas y Pinto,
A quienes verlos da pena;
No venciendo á Calderon,
Pos arte tiene y escuela.
Dos puyas larga el primero;
Siete el otro, con pereza;
Y Calderon, el valiente,
Once barbaló le susla.
Como ginete y maestro,
No cayó una vez á tierra,
Y en cambio los otros dos
Se enterraron en la arena,
Perdiéndose dos caballos
En er combate y refriega.
Anton, dos pares le endosa
De banderillas, mal puestas;
Y Muñiz, con suma gracia,
Er solo dobló la cuenta.
Er Tato salió á matarlo,
Y como lucirse intenta,
Seis pases al natural
Le dió, con poca limpieza.
Una en güeso le señala,
Y para completá la fiesta,
Otra tambien arrancando,
Que no la tengo por güena.

De color retinto-claro,
Pies largo, corni-veleto,
Mu blando de condicion,
Salió á la plaza er tercero.
Pero es er caso, señores,
Que er vicho mató un jamergo,
Y siempre detrás corria
De toitos los toreros:
Se entienda de los de á pié,



Tipos militares de la armada India.

Infantería de Bengala, de Bombay y de Madras.

Que los de á caballo, fueron
Siguiéndole sin descanso,
Para introducirle el hierro.
Veinte puyazos tomó;
Seis, como se deben puesto,
Sin salirse del estribo,
Sin barré la espada en suelo,
Naturá, con mucha gracia
Y como acostumbra hacerlo
Calderon, que cuando pica
Es el arte y el salero.
Los demas fueron de Pinto,
Er que nunca satisfecho
Deja á pública, porque
No es un picador perfecto.
Anque tiene güen empuje
Monta mu má, y lo sientio;
Zita ar toro de costao
Y lo pincha allá mu lejo,
Donde no quiero dici
Por no fartar ar respeto.
La Purga y Baro, tres pares
Le colgaron de los buenos;
Y despues que con arrojio
Muñiz lo sartó al trascuerno,
Cúchares lo despachó,
Con varios pases de pecho,
De una buena y otra corta
Y una larga recibiendo.

Er cuarto fué de D. Justo,
Que por cierto no es mi amigo,
Pos recibe mucho jando,
Y nos dá pésimos vichos.
De muchos pies, pegajoso,
Corni-bajo, buen trapio,
Duro, de mucha cabeza,
Y además de lo que he dicho,
Fué negro, de buena estampa...
Y con esto he concluio.
Ocho puyazos enormes,
Recibió el animalito
De Calderon, que dos veces
Josicá la tierra quiso;
Mas no fué la culpa suya,
Pos muertos, estando vivos
Se quedaron dos jumentos
Mas pronto que lo he dicho.
Otras seis varas le endiña
Er gracioso seño Pinto,
Que perdiendo dos jamergos
Cayó en tierra de josico.
Tres pares de banderiyas
Pusieron, Belo y er Lillo;
Y er Tato lo despachó,
Con seis pases de lo lindo
Ar natural, de uno en güeso,
Y otro arrancándole er vicho.

Er quinto salió boyante,
Pegajoso y corni-abierto;
Cuatro cabayos mató,
Y así que le hubieron puesto
Muñiz un par, y Mariano,
Para ser mas, par y medio,

Er púbrico que se sienta
Onde tocan er senserro,
Comenzó á gritá: «Suare...»
Pero aquer der lao opuesto
Eció: «Que lo mate Curro...»
Y Curro salió; por ello
A la autoriá le doy
Las gracias; está bien jecho.
Cúchares le dió una buena,
Descabeyándolo aluego.

Jarto estoy ya, cabayero,
De seguir ar cuento atao,
De habé tanto relatao
Del arte de los torero.
Voy á acabar al instante:
Er sesto de mar trapio,
Bien plantao, no bravio,
Retinto-oscuro y boyante.
Nueve puyazos tomó;
Luego Baro, le acomete
Con dos pares de reilete,
Poniéndolos con primó.
No así la Purga, que planta
Par y medio; sin remedio,
La de quedá siempre un medio,
Porque la fiera le espanta.
Sonó er clarín y con suerte;
Er Tato le dió sus pase;
y aluego como se jase,
Duna barbi le dá muerte.

RESUMEN.

Anque poco lo merece,
De jando se hinchó tambien,
Er consabio don Justo,
Que barbi la entrá fué.
Del deservicio, me cayo,
Pos lo hicieron al revés;
Y cada cuar trabajó
Arreglao á su parné.
Cúchares, salió vestio
De grana y oro jehipé!
Y er Tato, de lila y sorna
Luciendo á mas no poer.
Setenta y siete puyazos
Se endiñaron esta vez;
Y dieron nueve caias,
La gente que no es de á pié.
Trece poencos quearon
Difunto en el redondel;
Y treinta y seis rejiletos
Pusieron de rechupen.
En la tercera corria
Aplauo de buena fé,
Tan solo al célebra Cúchares,
Al bravo Lillo tambien,
Y no olvido á Calderon
Que cumple con su deber.
De los otros... no chimuya,
Pos á todo dice amen,
SANTIAGO INFANTE Y PALACIOS,
Vuestro revistero fiel.

VARIEDADES.

La guerra de Inglaterra contra Persia, ha llamado la atención sobre el ejército de la India.

Creemos este asunto como el mas oportuno, para abrir una galeria de tipos nacionales.

Como problema social, es la creacion mas singular del mundo la de estas tropas, cuyos individuos están separados mas que por castas, por las preocupaciones repulsivas y hostiles de religion.

¿Cómo puede comprenderse que el *brahmina* sabio salido de la sagrada boca de Para-Brahma, y el trabajador, el *soudra*, engendrado por los piés divinos, se hallen reunidos sin repugnancia en los mismos regimientos? ¿Cómo el que marchen al combate hombro con hombro, y mezclen su sangre con la del réprobo pária cuyo contacto se mira fuera de las filas con horror? ¿Qué esplicacion plausible puede darse á este misterio?

LA CIVILIZACION.

El prestigio que el pueblo conquistador ejerce en estos pueblos sumidos en la mas espantosa barbarie. Para estos, la *Compañía de las Indias*, es la personificación de la soberanía: *John Company*, un rey inmortal, y el uniforme encarnado un preservativo contra todo contagio social.

Sobre muchos campos de batalla, estos hombres groseros han probado que pueden mirarse como soldados intrépidos.

VICENTE CUENCA DE LUCHERINI.

Por todo lo no firmado: el secretario de la redaccion,

SANTIAGO INFANTE DE PALACIOS.

SOLUCION A LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

Balsamina.

CHARADA.

Ocho letras, ¡suerte escasa!
Tiene el nombre que contemplo;
Sin las tres primas no hay templo,
Ni monumento, ni casa:
Hierva en sus siete y se abraza
Cuanto se pone, no asombre:
Sus tres últimas al hombre
Alegran ó causan mal;
Y es el todo el de un mortal
De esclarecido renombre.

LA SOLUCION, EN EL PRÓXIMO NÚMERO.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JUAN JOSÉ MARTINEZ.

MADRID.—1858.

Imprenta y litografía de D. Juan José Martínez,
calle del Desengaño, núm. 40.